

## EL BIZANCIO DE LUIS XIV EN LA REAL BIBLIOTECA

JUAN SIGNES CODOÑER (Universidad de Valladolid)

España es uno de los pocos países de Europa en el que los estudios bizantinos no tienen hasta la fecha de hoy reconocimiento oficial, por lo que no es de extrañar que sea por lo general tarea vana intentar buscar en nuestras bibliotecas publicaciones sobre el imperio de Oriente anteriores a la segunda mitad del siglo XX. Es verdad que, gracias a la labor de un grupo reducido pero cualificado de helenistas españoles, entró en nuestro país en el siglo XVI un número más que significativo de manuscritos de autores bizantinos (el núcleo más importante se conserva en El Escorial) pero ello fue debido al interés que suscitaban como representantes de una cultura que era valorada como puente y transmisora de conocimientos de la Grecia clásica, que era la que constituía el objeto esencial de las pesquisas humanistas en toda Europa. Sin embargo cuando a lo largo del siglo XVII empieza ya a estudiarse en Francia de forma sistemática el pasado histórico bizantino, España queda al margen de este movimiento, que con el paso del tiempo, y una vez transvasado a Alemania, da lugar al nacimiento de la moderna bizantinística en el XIX. Pese a todo, debido a la llegada de los Borbones y a la propia proximidad geográfica del vecino francés, los eruditos españoles de entonces no dejaron nunca de estar al tanto de las novedades de París. Llevados de esta moda entraron en las bibliotecas españolas muchos libros procedentes de Francia, entre los cuales se contaban también, ocasionalmente, publicaciones cuya adquisición venía determinada más por consideraciones de prestigio que de utilidad. Este es el caso de la colección de textos griegos medievales impresos en volúmenes en folio en las prensas reales del Louvre, en la segunda mitad del siglo XVII y primeros años del XVIII, y que los bizantinistas llaman simplemente el Corpus de París.

La colección se conserva completa en la Real Biblioteca, mientras que en el resto de las bibliotecas de España, a lo que se me alcanza, solo pueden localizarse, en el mejor de los casos, ejemplares aislados. Sabemos que los volúmenes de que consta se adquirieron en bloque a principios del XIX para la biblioteca real porque en todos ellos encontramos el ex libris «Propriété des trois» o «PFC», que nos indica que estos libros fueron propiedad de Fernando VII, su hermano Carlos María Isidro y Francisco de Paula Antonio, el hermano de Carlos IV y tío de ambos, durante su estancia en Valençay en el periodo de ocupación napoleónica de nuestro país (1808-1814). La colección aparece reseñada en los tres inventarios de su biblioteca conservados en la Real Biblioteca. En los «catalogues» temáticos II/2092 y II/2630, elaborados probablemente en 1812-1813, cuando el regreso de Fernando VII a España era inminente, encontramos reseñada la colección con una simple frase (páginas 69 y 293 respectivamente): «Byzantinae historiae scriptores varii scilicet». Solo el inventario de las cuatro estancias de la biblioteca que pertenecían directamente a Fernando VII (conservado en II/2617) consigna uno a uno los 58 volúmenes de los que consta la colección (fols. 41-44), entre los que se encuentran no solo ediciones del Corpus de París, sino también otros libros de tema bizantino impresos en Roma o en Venecia en el siglo XVIII (IX/4739 a 4792). Es significativo el hecho de que la presencia de textos en griego de autores clásicos sea

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VI, 22 (julio-septiembre, 2000)

casi simbólica en la biblioteca de los Borbones, donde solo encontramos cuatro o cinco ediciones en griego de poetas antiguos, pero ningún prosista griego que no esté traducido (y de entre las traducciones poco más aparte de las inevitables biografías de Plutarco). El contraste con las miles de páginas en griego del Corpus bizantino no puede ser más revelador y confirma la idea de que la colección no se adquirió para estudio o lectura (no hay una sola anotación en los libros), sino que había sido decidida por razones de prestigio probablemente por Juan de Escoiquiz (1762-1820) que fue preceptor y mentor de Fernando. Para entender su valor hemos, pues, de considerar, qué es lo que llevó a los franceses de la época de Luis XIV a estudiar el pasado bizantino.

El interés de la Francia del Rey Sol por Bizancio puede parecer motivado simplemente por el deseo de conocer mejor la historia de la iglesia griega. De hecho los franceses prestan a este campo mucha atención y son pioneras en este sentido obras como las actas de los concilios griegos publicadas al final de su vida por Philippe Labbé (1607-1667) o la historia de la iglesia oriental de Le Quien (1661-1733) publicada póstumamente en 1740, ambas conservadas en la Real Biblioteca. Sin embargo, el estudio de la historia eclesiástica es muy tardío en la Bizantinística francesa y pertenece casi más al XVIII que al XVII, de forma que sucede en varias décadas al interés por las obras de los historiadores bizantinos que se editan en el Corpus de París. Es en estas primeras ediciones donde debemos buscar las causas del interés de la monarquía francesa por Bizancio. Procedamos cronológicamente.

Ya en 1645 las prensas reales del Louvre publican la obra histórica compuesta por el emperador Juan VI Cantacuceno (1341-1354), que constituye el primer volumen de este Corpus conservado en la Real Biblioteca. La historia de este emperador, convertido en monje después de su derrocamiento, estaba destinada a justificar las claves de su reinado y por su mesura y tono virtuoso fascinó al mundo francés, que tomó la obra como modelo de príncipes. El editor subraya en el prólogo las virtudes de Cantacuceno, minimiza su condición de hereje y resalta el profundo respeto con el que el emperador se refiere siempre al Papa en su obra.

Por aquel entonces, en 1647, el jurista Charles Annibal Fabrot publica los siete volúmenes en folio de su edición bilingüe de los Basílicos, la adaptación griega del Corpus Iuris Civilis de Justiniano concluida en el reinado de León VI el Sabio (86-912). La edición, realizada al margen del proyecto del Corpus parisino, se conserva también en la Real Biblioteca (IX/1178-1184), aunque fuera de la colección fernandina y sin ex libris. Fabrot expresa en el prólogo la idea de que el derecho romano tiene su origen en el griego (los autores de las XII tablas se inspiraron en instituciones de las ciudades griegas) y vuelve de nuevo al mundo griego con esta obra. La alta valoración de Justiniano, padre de la tradición jurídica europea desde el XI, imbuye también toda la edición. De hecho ya el propio rey Luis XIII realizó en 1612 una traducción al latín del espejo de príncipes que Agapeto Diácono compuso para el emperador Justiniano mucho antes de que aparezcan los estudios arriba citados, cuando apenas era un niño y acababa de subir al trono.

En 1648 se forma ya la idea de la publicación en serie de las fuentes históricas bizantinas. En un volumen aparecido ese año en las prensas reales del Louvre y en el

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VI, 22 (julio-septiembre, 2000)

que se publica una miscelánea de fuentes históricas, el jesuita Philippe Labbé escribe un prólogo convocando a todos los estudiosos europeos a editar un Corpus de textos históricos bizantinos. En este prólogo Labbé insiste en la necesidad de buscar por todo el mundo los libros y manuscritos que hacen falta para llevar a cabo la empresa. Para ello cuenta con el patrocinio real: no en vano la edición está dedicada al cardenal Mazzarino, que por aquel entonces ocupaba la regencia de Luis XIV. Después del prólogo, Labbé hace un índice minucioso de los autores y obras que constituirán el Corpus bizantino de París, que prevé que conste de 32 volúmenes. El proyecto no quedará en meras intenciones: desde la aparición de este volumen y hasta 1711 saldrán a la luz todos los autores previstos y otros nuevos, todos ellos conservados en la Real Biblioteca. Es de resaltar que el primer autor editado tras la edición de 1648 de Labbé sea, precisamente, el (Pseudo) Codino, publicado en ese mismo año, y que contiene un detallado ceremonial de la corte y la iglesia bizantina.

Junto a las ediciones aparecerán además estudios que insisten en la vinculación de Francia con Bizancio. Hay que destacar en este sentido la *Histoire de l'empire de Constantinople sous les empereurs français*, publicada en 1657 por Charles du Fresne, sieur du Cange y dedicada (en francés y no en latín) al propio rey Luis XIV. En esta obra Du Cange recuerda el periodo de dominio francés en Oriente durante el imperio latino de Constantinopla (1204-1261), y motiva la empresa de los cruzados de entonces por la «cruauté des Grecs» y «le dessein de réunir la Grece à l'Eglise», destacando que la toma de la capital imperial se hizo «par un petite poignée de gens». En 1682 Du Cange publicará en el Corpus una genealogía de las familias bizantinas (emparentadas con las francesas por «connubiorum affinitates») en su *Historia Byzantina* duplici comentario. En la dedicatoria a Colbert el erudito resaltará la continuidad dinástica de la monarquía francesa frente a las «factions intestinaque bella» que arruinaron el imperio bizantino, al que con desprecio califica siempre de «Graecanicum imperium». No obstante, Du Cange pide a Colbert que convenza al rey para que emprenda una nueva cruzada para redimir al Oriente griego del dominio turco. Esta mezcla de distancia e interés con respecto a lo bizantino, la encontramos también, por ejemplo, en el editor del historiador Procopio (siglo VI), que sigue a su fuente incluso en la crítica feroz que dirige contra el emperador Justiniano.

Por todo lo que llevamos visto creo que resulta evidente que el interés de la Francia del XVII por Bizancio está lleno de matices y no desemboca en una simple identificación con su historia. La curiosidad por el otro imperio es lógica si consideramos, además de los vínculos históricos de Francia con Bizancio, que Bizancio era el rival histórico del imperio de Carlomagno y que el Sacro Imperio Romano Germánico, como continuador de la "usurpación" carolingia, era justamente el poder político al que llevaban oponiéndose los franceses durante dos siglos. No debemos asombrarnos de que los franceses volvieran sus ojos hacia el imperio de Oriente en busca de modelos de estado alternativos al feudal imperio germánico, pero tampoco que no se identificaran siempre con la «herética Bizancio» en la que sin embargo buscan afanosamente útiles lecciones de historia: el Corpus de París edita solo textos de historiadores bizantinos, excluyendo cualquier otra clase de literatura. La fascinación por el pasado bizantino seguirá presente en Francia en el XVIII paralelamente a la crítica. La figura ambivalente de

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VI, 22 (julio-septiembre, 2000)

Justiniano (enemigo del Papado y criticado por Procopio pero padre del derecho romano) simboliza perfectamente esta dualidad. Cuando en 1804 Napoleón promulga el Código Napoleónico tomando el nombre y la inspiración del Codex Iustinianus, Bizancio no ha perdido, pues, actualidad. Por esas fechas los tres príncipes borbónicos adquirieron todo el Corpus de París para su biblioteca. Desgraciadamente la obra ha pasado desapercibida para los investigadores españoles en su actual destino en la Real Biblioteca durante estos dos últimos siglos. Es de esperar que esta breve nota contribuya a divulgarla, pues estas soberbias ediciones en griego, algunas de ellas todavía no superadas, son mucho más que un capítulo de la filología bizantina.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VI, 22 (julio-septiembre, 2000)